

## ENCUENTROS EN VERINES 2003

### Casona de Verines. Pendueles (Asturias)

#### LA FASTUOSA COMITIVA

Joan Manuel Gisbert

A veces, algo que hemos presenciado por azar, un hecho inesperado, un incidente llamativo, las palabras cruzadas con alguien, un breve encuentro, se convierte más adelante para nosotros en una escena paradigmática. Se ha llenado de un significado que antes no tenía o que no habíamos advertido desde un principio.

Deseo traer aquí una de esas ocasiones. Ya ha pasado de la anécdota a la categoría. La acción se desarrolla en un aula de preescolar, o de educación infantil, si preferimos decirlo así. Hay unos veinte niños y niñas en la órbita de los cinco años. La tutora parece muy competente. Se llama Chelo.

Me he sentido atraído por el ambiente del aula al atisbar a través de los ventanales del pasillo. Me encuentro en el colegio por otros motivos pero, como tengo que esperar unos minutos, me he tomado la libertad de asomarme y preguntarle a Chelo si puedo pasar unos momentos con ellos.

Los niños me acogen con afectuosa curiosidad y me hacen algunas preguntas que procuro responder de manera escueta y afable. Enseguida, por no perturbar más el curso de las cosas, me voy a un rincón discreto y procuro eclipsarme. Lo que quiero es disfrutar del ambiente genuino del aula como si yo fuese el hombre invisible o no estuviera allí.

Ha habido suerte. He llegado en buen momento. En el instante de mi irrupción, Chelo se disponía a contarles un cuento a los niños. Al parecer, se lo había prometido por la mañana y ellos se lo estaban reclamando.

Pero, justo cuando va a empezar, ella se acuerda de que esa tarde hay que celebrar el cumpleaños de una de las niñas. Y ya son más de las cuatro. El tiempo se está echando encima. No obstante, por no defraudar a los niños, decide ofrecerles el cuento aunque, eso sí, procurará aligerar un poco, sin recrearse mucho en los detalles y siendo menos pródiga que de costumbre en gestos y cambios de voz.

Chelo comienza. Los niños beben sus palabras. Han escuchado esa historia otras veces de sus labios: razón de más para que la reciban con deleite. Yo también escucho complacido, aunque estoy más pendiente de las expresiones que veo en las caras de los niños que del propio hilo argumental. Quizá por ello no he podido recordar en todos estos años de qué cuento se trataba. No importa, seguro que era uno de los muchos que forman el patrimonio milenario de la tradición oral.

De pronto, uno de los niños, con cara consternada, interrumpe a Chelo y protesta:

-¡Te has olvidado lo de la **fastuosa comitiva!**

El chico tiene razón. Otros niños también lo habían echado de menos y estaban a punto de decirlo. Con el apresuramiento, Chelo se ha saltado un trocito de la historia sin darse cuenta. Vuelve atrás y recupera el momento perdido. Devuelta a su lugar la escena que faltaba, el relato prosigue, pero el hecho significativo ya se ha producido: el niño, al reclamar el eslabón narrativo perdido, se ha referido a él de la manera más precisa. Podía haber hablado de los señores muy bien vestidos que llegaban al lugar, o de los que iban unos tras otros en dos filas y llevaban capas de seda, o de los hombres ricos que iban con el rey. Y tampoco eso habría estado mal. Pero el niño, de manera natural, había utilizado la exacta expresión oída otras veces: **fastuosa comitiva**.

Chelo, consciente de su función de modelo lingüístico viviente ante sus niños, y no sólo en el habla espontánea, había procedido con muy buen criterio al no eliminar esa formulación culta las otras veces en que había explicado el cuento, ni la había reemplazado por otras más comunes o *entendibles*, pero también más ajenas a la atmósfera y a la sugestión verbal de la historia. Y, gracias a ello, la transferencia de lenguaje se había producido.

Ya sabemos que en el habla corriente de aquellos niños y en su ambiente oral cotidiano esas dos palabras rara vez se usaban, o no existían. Y también aceptamos que, desde un punto de vista meramente instrumental, no tenían ninguna necesidad de conocerlas. No obstante, una vez adquiridas, se habían convertido en una posesión valiosa y útil. Un cuento, una ficción literaria, es, entre otras cosas, una extensión del campo de la experiencia y, por tanto, una ampliación de la realidad creada con los materiales del lenguaje.

Como siempre que alguien cuenta, Chelo les entregaba a los niños, además de bonitas y emocionantes historias, bagaje expresivo para su incipiente aprendizaje del arte de dar cuerpo mental y verbal a su vivencia imaginaria de las cosas.

Aquella sencilla escena ha vuelto muchas veces a mi pensamiento. Todos podríamos recordar muchísimas situaciones parecidas, pero basta con que alguna adquiriera la claridad del paradigma y quede fijada en la memoria para siempre. Personalmente, siempre he procurado que la entrega de lenguaje, a pesar del riesgo de perder a los lectores más cómodos o menos rodados, constituyera uno de los alicientes de mis textos.

Creo que en cada obra, en cada página, de modo asequible para las edades lectoras de que se trate en cada caso, tenemos que contribuir a que la lectura literaria sea una actividad estética de primer orden. Sin ello, y aunque ofreciera otros alicientes también indispensables, quedaría desprovista, despojada, de una de sus principales razones de ser.

Se habla mucho en nuestro campo, y es comprensible que se haga, de temas, de argumentos, de valores, de materias transversales, de facilidad o dificultad de lectura. Pero se habla poco, casi nada, de estética, de escritura. A veces parece que bastara con utilizar unos estándares generalmente aceptados y de comprobada eficacia. Es como si se olvidara que sólo cuando las funciones expresivas del lenguaje están dotadas de voluntad artística puede producirse lo que llamamos literatura.

Tenemos ante nuestros ojos las mismas palabras del habla general, y quizá algunas otras ya no tan corrientes, organizadas según las mismas reglas sintácticas, refiriéndose a menudo a hechos comunes de la vida de las personas, o a hechos extraordinarios, pero hay una especial construcción en esos textos, una clara voluntad expresiva y artística, una dimensión estética.

Y la valoración de lo estético –algo indispensable al apreciar y disfrutar una obra creativa- no puede confundirse con el mero esteticismo, esa actitud que tiende a sobrevalorar los aspectos formales y a dar escasa importancia a los contenidos éticos, ideológicos, sociales, etc.

Ahora bien, sin negar nada de lo anterior, todo aquel o aquella que lo haya intentado de verdad sabe lo difícil que es conseguir en una obra para niños o para lectores muy jóvenes un buen equilibrio entre la riqueza y variedad de lenguaje y el asequible atractivo que haga grata, fluida y, sobre todo, posible la lectura.

Los que no somos críticos, estudiosos o analistas literarios, sino tan sólo practicantes profesionales de la escritura, nos vemos casi obligados a ofrecer una visión personal y limitada de una cuestión tan amplia como es **la evolución del libro infantil y juvenil en España**. Tenemos elementos para dibujar una panorámica general, pero con

muchas insuficiencias y lagunas. Hay especialistas que por experiencia y lecturas pueden dibujar mucho mejor las principales líneas maestras de esa evolución. Nuestra mejor aportación es la subjetiva.

En estos últimos veinticinco años distingo tres etapas. La primera, quizá la más apasionante para mí, abarca desde los últimos años setenta hasta ya más que mediada la década de los ochenta. Algunos de nosotros vivimos esos años con la sensación de estar formando parte de una eclosión extraordinaria que nos permitiría, y nos exigiría, llegar a niveles muy altos. Después de los interminables años de restricciones, se producía un resurgimiento en muchos campos. Nosotros vimos potenciada nuestra viabilidad como nuevos escritores por los movimientos de renovación pedagógica. Eran núcleos minoritarios en el amplio censo del profesorado, pero ejercieron una creciente influencia y estimularon la formación de muy diversos colectivos y seminarios dedicados a la difusión de la literatura infantil y juvenil.

Todavía estaba muy en boga, como único complemento a las clases de lengua, la lectura en las aulas de fragmentos literarios aislados, despojados de continuidad y de contexto, y con bastante aroma de naftalina en muchos casos. Lo de leer libros enteros, aunque fuesen breves y muy ilustrados, era mucho más infrecuente de lo que podría pensar alguien que llegara ahora al ámbito escolar.

Fue surgiendo una creciente expectativa que acabó generando una demanda real, apenas influida por acciones comerciales. A finales de los setenta había muy pocas colecciones renovadoras de literatura infantil. Podían contarse con los dedos de una mano, y sobaban dedos. Algunos autores nos fuimos añadiendo a los escritores y escritoras ya acreditados en décadas anteriores. Éramos pocos, pero procurábamos acudir a todas partes.

En cuanto a la escritura, recibíamos continuos estímulos. Todo hacía pensar que se nos estaba abriendo un campo casi ilimitado. Como muchos recuerdan, aquellos fueron años en que, en el ámbito de la nueva pedagogía y en otras áreas culturales, la imaginación, la creatividad, el pensamiento fantástico y el desarrollo de las capacidades artísticas personales gozaron de un enorme prestigio y se convirtieron en prioridades educativas.

Esa marea venturosa impulsó nuestro trabajo y nos sumamos a ella. Se nos pedía más y más. Todo invitaba a elevar el nivel de las obras. Te convencías de que la literatura para jóvenes era, en el mejor de los sentidos, una literatura de tránsito o de

frontera que los ayudaría a llegar, como lectores que se suponía que muchos de ellos iban a ser de por vida, a toda la literatura universal.

Fueron días de grandes esperanzas, de confianza inmensa en los frutos de nuestro trabajo, llenos de la fuerza que da estar viviendo unos memorables años de cambio. Pero, ya avanzada la década de los ochenta, algunos de aquellos entusiasmos, sin duda desmedidos, empezaron a enfriarse. Las cosas no estaban ocurriendo como habíamos imaginado y deseado, como nos había parecido lógico que fuesen. Al empezar a moderarse y decaer, sobre todo por cansancio, la fuerza y la influencia de las corrientes más renovadoras de la pedagogía, los límites empezaron a dejarse ver.

La ley del mínimo esfuerzo, en muchas cosas y también en la lectura de los jóvenes, volvía a estar en pleno vigor (no había dejado nunca de estarlo). Pero ya iba apareciendo algo con claridad: el riesgo, la complejidad y los ejercicios más elaborados de escritura cotizaban más bien a la baja. La lectura se había generalizado bastante en las aulas, pero una buena parte de los alumnos de secundaria la asumían como una pseudoasignatura poco atractiva o fastidiosa, como otro trámite curricular que había que despachar con el menor tiempo y esfuerzo posible.

Eso no era obstáculo para que el movimiento de libros fuese ya muy considerable. Las colecciones se habían ido multiplicando y las redes de visitantes escolares de las editoriales habían logrado un incremento espectacular en las prescripciones. Pero en esa segunda fase se produjo un cierto desencanto. Había razones para el desánimo. Resultaba obligado darse cuenta del descenso de niveles y de la pobre competencia lectora media, en secundaria especialmente. Diversos autores reconocían que algunas de sus obras que se habían leído bien ocho o diez años atrás, ya empezaban a presentar excesivas dificultades a los alumnos de las nuevas promociones. A pesar de todo, el gran movimiento de libros infantiles y juveniles produjo, como suele ocurrir en esos casos, un *efecto llamada*. Muchos autores y autoras quisieron incorporarse. Incluso algunos que anteriormente habían manifestado su desprecio a este campo de la escritura y la edición hicieron sus aportaciones. La oferta de obras disponibles y el flujo de novedades aumentó y se diversificó hasta un punto en que parecía casi imposible que un niño o un adolescente no pudiera encontrar obras adecuadas a sus gustos, a su momento personal o a sus ganas de descubrir mundos.

Esa crecida de la corriente nos llevó a lo que yo considero la tercera etapa de ese cuarto de siglo que estoy rememorando: la de los primeros noventa en adelante. Con la continua abundancia acabó por llegar la sobreproducción, el imperio absurdo y

mecánico de la novedad, la saturación de obras que se parecían demasiado unas a otras o que formaban ristas casi clónicas que perseguían el éxito alcanzado anteriormente por un modelo que se quería imitar. También empezaron a producirse las primeras oleadas de descatalogaciones, que afectaban incluso a obras que tan sólo seis u ocho años atrás disfrutaban de un prestigio enorme.

Si bien es verdad que una buena parte de las mejores obras de este campo que ahora podemos leer fueron publicadas en los noventa y años siguientes, y que no pocos de los autores y autoras que se consideran hoy más notables empezaron a publicar en esa década, también es cierto que la sobreabundancia de títulos, la comercialización a ultranza y el acusado descenso de la competencia lectora de los alumnos (autores de indiscutible eficacia seguían comentando que a los jóvenes les costaba ya mucho leer algunos de sus libros publicados diez o quince años antes; y en algunos casos se trataba obras que en su momento habían tenido una enorme aceptación).

La realidad imponía sus severos límites. Había que revisar planteamientos, procurando rebajar lo menos posible los presupuestos estéticos. Pero se generalizó bastante la búsqueda de la efectividad a través de una escritura directa, coloquial, ligera y de rabiosa actualidad. En muchos casos parecía abonarse la idea de que, en literatura juvenil, cuanto menos nivel léxico, sintáctico y artístico tuviera una obra, más adecuada, viable, comercial y útil era.

En estos últimos años han consolidado muchas cosas. El volumen de circulación de libros ha llegado a cotas bastante altas. Ya está casi totalmente extendida en el profesorado la convicción de que la lectura de libros, y no sólo de fragmentos, es un ingrediente curricular indispensable ya desde primaria. El número de escritores que se han profesionalizado en este campo, unido al de los que lo cultivan menos habitualmente, hubiese resultado inverosímil hace veinticinco años.

A pesar de todos los reparos, muy contentos podemos estar por haber formado parte de este movimiento y por seguir en él. Pero en algunos de nosotros quedará quizás para siempre el recuerdo de aquellas expectativas fabulosas que estimularon la creación de nuestras primeras obras. Los retos y desafíos siguen siendo casi los mismos, nos hemos perfeccionado en nuestro oficio, nuestras vidas se han aproximado bastante a lo que nosotros habíamos deseado que fueran, pero hemos perdido buena parte de la idealizada convicción de nuestros años iniciales. Como en casi todas las cosas, se han impuesto las cuestiones prácticas.

Seguimos estando en la fastuosa comitiva, pero nuestras túnicas han sido reemplazadas por ropas de calle. Hemos aprendido a no ser desmesurados y sabemos que nos conviene no olvidarlo: la alfombra deslizante sigue avanzando aunque nos detengamos.